



Los colombianos

por **Malcolm Deas**

¿Qué tipo de nación es Colombia? ¿Cómo se explica su violencia? Para el historiador Malcolm Deas, *Los alemanes* de Norbert Elias puede ayudar a entender la política colombiana, gracias a su singular combinación de historia, filosofía y observación empírica.

Hace muchos años leí de Norbert Elias *The history of manners*. Recuerdo vagamente que abordaba de manera ingeniosa temas como el debido comportamiento en la mesa o la invención del tenedor y que era un texto muy original.

Pero, cuando en Oxford recibí la invitación a participar en un simposio sobre su obra, mi primera reacción fue poco entusiasta. No por falta de respeto a Elias, en estos temas sin duda un pionero, sino porque, después de la publicación de su libro, he tenido la impresión de que ha habido un exceso de historias para mi gusto demasiado exquisitas, sobre temas demasiado marginales, escritas a veces por historiadores demasiado miniaturistas, a menudo vanidosos y narcisistas.

Mi estado de ánimo, mi convicción, fue y es que unos temas son más importantes que otros, y no quise escuchar

nada sobre la historia colombiana del tenedor ni de la cuchara... Además, había terminado de leer el libro *In pursuit of civility. Manners and civilization in early modern England* del historiador inglés Keith Thomas que, aunque lleno de detalles a menudo interesantes sobre la evolución de nuestras costumbres, me dejó frustrado: ¿fuimos los ingleses más “civilizados” al final de los siglos abarcados en la obra? ¿O menos? No era tan claro. Obvio: el “proceso civilizatorio” no es necesariamente lineal, y no ayuda tanto una gran cantidad de notas al pie de texto.¹

Sin embargo, me di cuenta muy rápidamente de que mi vago recuerdo no hacía justicia a la gran seriedad y amplitud

¹ Keith Thomas, *In pursuit of civility. Manners and civilization in early modern England*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2018.

del pensamiento de Elias. De su obra, me fijé esta vez en el libro *Los alemanes*.²

El resumen de su contenido me pareció muy estimulante para intentar un ejercicio similar sobre la historia de Colombia: Elias, en este libro, escribe sobre temas relevantes y de mucho peso, como “Civilización y violencia: sobre el monopolio estatal de la violencia y su transgresión”, largos ensayos estos sobre el problema del terrorismo en la Alemania de la posguerra.

Su lectura me dejó impresionado por la singular combinación de historiador, observador empírico y filósofo político, y por la prosa ponderada y paciente. También por su concentración sobre un solo país, rara en un pensador de su índole.³

De vez en cuando he sostenido dos argumentos. El primero, que no es cierto que haya una brecha insuperable entre los fenómenos de violencia en ciertas partes de Europa, en nuestros tiempos, por ejemplo los de Alemania, Italia y el norte de Irlanda, y los de América Latina (Colombia, Argentina, Perú...). Hay, sin duda, diferencias, pero también aspectos similares. El segundo, que no contradice al primero, es insistir sobre la singularidad de cada una de las historias nacionales de nuestra región.

En Europa es superflua tal insistencia sobre sus distintos países, pero en América Latina la perezosa generalización es más común, dentro y fuera de la región. La historia republicana de Colombia es, a mis ojos, muy distinta de la historia de las demás naciones cercanas, y, tratándose de ellas, se puede decir lo mismo de cada uno de nuestros países. ¿Quién opina que la historia política colombiana es similar a la historia de sus vecinos inmediatos, Venezuela o Ecuador?⁴

Me parece que una carencia en la historiografía colombiana contemporánea es precisamente el estilo de reflexión y cuestionamiento que Elias practica en *Los alemanes*. No quiero un regreso al estilo autosuficiente de Luis López de Mesa, pero sí a su afán de identificar las particularidades

colombianas. ¿Qué tipo de nación es Colombia? ¿Qué sentido de sí mismos tienen los colombianos? ¿Qué es lo que, en el pasado colombiano del último siglo, o siglo y medio, ha producido sus desastres políticos? ¿O, si prefieren ustedes, su *habitus* político?⁵

Las modas cambiantes en la historiografía nacional del último medio siglo no han favorecido este estilo de ejercicio.⁶ La historia política ha sido dominada por estudios de la violencia y del conflicto armado, muchos de muy alta calidad en la investigación empírica regional, pero la mayoría mostrando una limitada curiosidad sobre sus causas en el marco de la política nacional.

Ha habido aún menos interés en escribir historia política comparativa, en esclarecer la historia política colombiana, comparándola con la de sus vecinos de la región, o con países más lejanos que hayan sufrido sus propios sectarismos y violencias.⁷ Este libro de Elias ofrece mucho estímulo para el cambio de enfoque.

Algunos preguntarán al principio cómo puede una reflexión sobre Alemania, una cultura del Viejo Mundo, una sociedad de capitalismo avanzado, muy educada, hasta el grado de una bien difundida pedantería, primero bajo un régimen dinástico y militarista, cortesano y jerárquico, aparentemente muy “civilizada”, una nación victoriosa y luego vencida en dos guerras grandes, tener algo que ofrecer a un ejercicio intelectual similar sobre Colombia.

En cuanto a Colombia: una república suramericana, largo tiempo aislada del resto del mundo por su geografía, económicamente marginal, una sociedad abrumadoramente rural, sin industria, bajo un régimen débil, antimilitarista, poco educada, excepto una minoría muy pequeña, sin victorias en su experiencia internacional, sin invasiones, sin penas ni glorias, sin el estímulo de conflictos internacionales, aparentemente poco “civilizada”.

La lista de contrastes parece larga.⁸ Sin embargo, hay que matizar. Por ejemplo, Alemania y Colombia tuvieron ambos

2 Publicado en alemán, *Studien über die Deutschen*, Suhrkamp Verlag, 1989. En inglés *The Germans*, Oxford, Polity Press y Blackwell's, 1996. Hay edición francesa, *Les Allemands*, París, Seuil, 2017; y en castellano, *Los alemanes*, Ciudad de México, Instituto Mora, 1999. Las traducciones al español en este ensayo son mías.

3 Hay en estos ensayos observaciones ocasionales de Elias sobre otras partes del mundo, incluso sobre los aztecas, los incas y el Imperio español. Pero, después de la Independencia, desciende la oscuridad de siempre, la indiferencia de incluso los mejores intelectos europeos frente a la suerte posterior de la región.

4 Una meditación, al estilo de Elias, sobre violencia y civilidad en Venezuela sin duda tendría resultados muy distintos a mi meditación colombiana: el vecino país tiene fuertes tradiciones autoritarias y personalistas, su Estado logró, bajo Juan Vicente Gómez, un monopolio de violencia que culminó en el desarme casi total, etcétera. Un par de textos colombianos que pintan muy bien el contraste entre los dos países hacia el fin del siglo XIX son *Los ilustres*, de Manuel Briceño, Bogotá, Imprenta de Silvestre y Cia, 1884, y *Diez años en Venezuela, 1885-1895*, de Alirio Díaz Guerra, Caracas, Editorial Elite, 1933.

5 Luis López de Mesa y su hoy poco leído *De cómo se ha formado la nación colombiana*, Bogotá, Librería Colombiana, 1934. Menciono *habitus* de mala gana porque es un término utilizado de vez en cuando por Elias; mi mala gana proviene de la manía de citar a Bourdieu entre los historiadores colombianos actuales y los obligados homenajes a Walter Benjamin. ¿*Habitus* significa algo más que hábitos o costumbres? Creo que no.

6 Tal vez el ambiente historiográfico esté cambiando, con los recientes aportes de Jorge Orlando Melo, *Historia mínima de Colombia*, Ciudad de México, El Colegio de México, 2017; Hernando Gómez Buendía, *Entre la Independencia y la pandemia: Colombia, 1810-2020*, Bogotá, Fundación Razón Pública, 2021; Germán Mejía Pavony y Michael J. LaRosa, *Historia concisa de Colombia, 1810-2013*, Bogotá, Universidad Javeriana y Colegio del Rosario, 2013.

7 Una excepción es María Victoria Uribe, *Salvo el poder todo es ilusión. Mitos de origen: Tigres Tamiés de Sri Lanka, Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, Irish Republican Army*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2006.

8 Un contraste más: uno de los grandes intereses de Elias fue el auge y declive del feudalismo. Sobre la falta de feudalismo en el Nuevo Mundo, ofrezco el escolio de Nicolás Gómez Dávila: “Recelosos de la implantación de estructuras feudales en América, los Reyes Católicos, tanto como Habsburgos y Borbones, hicieron abortar todo embrión de feudalismo, logrando así que

no pocos campesinos y no fueron países pioneros ni en la urbanización ni en la industrialización. Estoy solo explorando las posibilidades de comparación entre los dos países, no más.

Como Estado-nación, Colombia es cuatro o cinco décadas más antigua que Alemania. No más antigua que Prusia, Baviera o Sajonia, pero más que el Estado-nación, el Imperio alemán, que nació de la victoria sobre Francia de 1870. Esto tiene obviamente un significado limitado, pero algo es algo, y en términos de la formación de su *habitus* político no es irrelevante. Sorprende constatar que los partidos políticos tradicionales de Colombia se encuentren entre los más antiguos del mundo, para bien o para mal. Y, antes de su sustitución en 1991, la Constitución de 1886 era una de las más antiguas del mundo.

La historia del Imperio español en la Nueva Granada, y en otras partes de América, puede también mirarse como un “proceso civilizatorio”, en el sentido que da Eliás a esas palabras. Esto no implica tildar de bárbaras a las sociedades anteriores, ni ignorar los aspectos poco civilizadores del imperio, pero sí reconocer su obra de tres siglos en la implantación de su versión de “civilidad” en sus pobladores, en su sistema judicial, en la evangelización, en la “reducción” de la gente a vivir bajo el son del campanillo, en su propio “monopolio de la violencia”.⁹

Repito: el mestizaje cultural no debe simplificarse mirándolo como el progreso de la barbarie hacia la civilización, aunque sí es posible mirarlo como la evolución de nuevas formas de civilidad, ni indígenas ni españolas: criollas, mestizas y mulatas.

Era un imperio ampliamente provisto de abogados —*letrados*— y burócratas.¹⁰ En el caso del Nuevo Reino de Granada, muy poco militar, con conflictos internos solo menores, en todos los aspectos poco violento. A ojos europeos, el famoso episodio de los Comuneros fue muy poco violento, en

su curso y en sus consecuencias.¹¹ Una historia de casi tres siglos de catequización y adoctrinamiento. Con mucha razón la Iglesia pudo reclamar ser la institución fundadora de la nación emergente.¹²

¿Se define Eliás como sociólogo? Puede ser, pero es en mucho un historiador, aunque se preocupe poco por el aparato de referencias casi obligatorio en la profesión. Eliás medita más y cita menos que la mayoría de los historiadores.

Los alemanes es una serie de reflexiones en torno al nacionalismo, su naturaleza y sus formas. En su “Digresión sobre el nacionalismo”, segunda sección de *Los alemanes*, señala un fenómeno: “la creencia, la convicción del valor superior del propio país de uno sobre todos los otros, o sobre la mayoría de ellos, es un denominador común en todos los sistemas de creencias nacionales”. Su base varía de un país a otro. Y tiene sus consecuencias en las relaciones internacionales y en la vida política interna.¹³

Invita a una especulación vaga, pero es un reto tentador. En el caso colombiano, ¿cuál es ese “valor superior”? Los colombianos son frecuentemente autocríticos, y hay columnistas que han vivido durante décadas de las ganancias de la autoflagelación nacional. Es interesante que en medio de tanta estadística que indica dolor —de violencias y miserias— Colombia sale frecuentemente muy arriba en esos cuestionarios internacionales de dudosa calidad científica como una nación de gente muy feliz. ¿Su valor superior es ser libre en la protesta? ¿Ser un pueblo díscolo? ¿Con una historia sin dictadores? ¿Ser una nación de un marcado regionalismo? ¿Una nación de fronteras? ¿Ser la gente que habla el mejor español del mundo? ¿Ser los campeones mundiales en el “rebusque”, colombianismo que reduce a una sola palabra las artes de sobrevivir teniendo poco o nada? ¿Ser la nación que ha tenido más elecciones que ninguna otra? ¿La más civilista? ¿La más sufrida...?¹⁴ Algunas de estas res-

solo tres factores tejieran la historia de este continente: la pusilanimidad del burócrata, la codicia del tendero, y la anarquía del mestizo.” *Escritos a un texto implícito*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1977, vol. 2, p. 21. Todavía los historiadores colombianos no se han dado cuenta de que muchos de los aforismos de Nicolás Gómez Dávila tratan de su disciplina, entre ellos hay muchos que me parecen acertados.

9 Para una parte de tal proceso, la política hacia los “arrochelados”, los que vivieron fuera del ordenamiento colonial en partes de la costa y el bajo Magdalena, véase Gerardo Reichel-Dolmatoff (ed.), *Diario de viaje del padre Joseph Palacios de la Vega entre los indios y negros de la provincia de Cartagena en el Nuevo Reino de Granada, 1787-1788*, Bogotá, Editorial ABC, 1955.

10 Antonio Nariño comentó la manía de litigar de los neogranadinos en su “Ensayo de un nuevo plan de administración en el Nuevo Reino de Granada” de 1797, en J. M. Vergara y Vergara (ed.), *Vida y escritos del general Antonio Nariño*, 2ª ed., Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1946, p. 88; sobre los abogados en los fines de la colonia y los primeros tiempos de la república, Víctor Uribe Urán, *Honorable lives. Lawyers, family, and politics in Colombia, 1780-1850*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2000; hay edición colombiana: *Vidas honorables. Abogados, familia y política en Colombia, 1780-1850*, Medellín, Fondo Editorial EAFIT, 2008.

11 Más amplias especulaciones hago en mi ensayo *Intercambios violentos*, 3ª ed., Bogotá, Taurus, 2016, y en el capítulo del mismo título de mi libro *Las fuerzas del orden*, Bogotá, Taurus, 2016. Sobre los Comuneros, John Leddy Phelan, *El pueblo y el rey: la revolución comunera en Colombia*, Bogotá, Universidad del Rosario, 2009.

12 Una sinopsis muy útil de las instituciones de la Nueva Granada a finales de la colonia es Joaquín Durán y Díaz, *Estado General de Todo el Virreynato de Santafé de Bogotá de 1794*, edición facsímil con prólogo mío, Bogotá, Banco de la República, 2012. Una visión eclesialista se encuentra en Basilio Vicente de Oviedo, *Cualidades y riquezas del Nuevo Reino de Granada*, Bogotá, Imprenta Nacional/Biblioteca de Historia Nacional, 1930. Sobre las instituciones coloniales de la Nueva Granada en general son indispensables las obras de José María Ots Capdequí. Estas obras ayudan a construir el contexto para unas reflexiones estilo Eliás.

13 *The Germans*, p. 167.

14 Sobre la protesta, recuerdo el poema del peregrino guatemalteco Antonio José de Irisarri (1786-1868), “Bochinche”. El poeta, de paso en el país en tiempos de una de las presidencias de Mosquera, pensaba que era una especialidad colombiana:

Alboroto es tumulto pasajero,
pasajera también es la asonada;

puestas a la pregunta sobre el “valor superior” tienen que ver con lo que sigue en *Los alemanes*: “Civilización y violencia: sobre el monopolio estatal de la violencia y su transgresión”, “La descomposición del monopolio estatal de la violencia bajo la República de Weimar” y “Terrorismo en la República Federal de Alemania: expresión del conflicto social entre generaciones”.

También discurre Elias sobre el terrorismo que apareció en la República Federal, grupos como la RAF, la Rote Armee Fraktion (Fracción del Ejército Rojo, también conocida como la Banda Baader-Meinhof). La sección del libro que más puede llamar la atención del lector colombiano es “Terrorismo en la República Federal de Alemania”.

Empiezo por mi opinión personal: nunca me ha convencido la idea de que todas las subversiones rebeldes de América Latina y las de Europa son fenómenos muy distintos, que la ETA y las Brigadas Rojas de Italia o la pandilla Baader-Meinhof son en su esencia diferentes al Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) o los Montoneros argentinos, o al M-19 o al Ejército de Liberación Nacional (ELN), o incluso a las FARC en ciertos aspectos.

Que existan diferencias, de ambiente, de coyuntura, de ideología, no implica que sean diferencias absolutas. Por ejemplo, no es tanto lo que distancia a la Argentina tan urbana, burguesa y pequeñoburguesa, con sus estrechos vínculos de masiva inmigración italiana y española: es fácil imaginar a ese país formando parte de Europa del sur.¹⁵

mas el bochínche es cosa permanente;
es el orden constante del desorden;
el estado normal en que se vive
en confusión y en inquietud eternas.
Invención de Colombia es el bochínche,
y el nombre es colombiano...

Sobre el regionalismo es muy pertinente el libro de Julio Carrizosa Umaña, *Colombia compleja*, Manizales, Ed. La Patria, 2017; sobre el civilismo, mi capítulo “El civilismo colombiano”, en Fernando Cepeda Ulloa (ed.), *Fortalezas de Colombia*, Bogotá, Ariel, 2004; sobre la última especulación de mi lista, recuerdo a un presidente del país quien en un momento de irritación me dijo que la característica principal de los colombianos era la auto-lástima.

¹⁵ Por lo que vale, recuerdo mi propia impresión de cómo la gran mayoría de la población argentina miraba, atónita o indiferente, el conflicto violento entre los distintos destacamentos de las fuerzas armadas argentinas y los Montoneros y el ERP. Poca movilización, un ambiente surreal muy bien captado en los cuentos del periodista del *Buenos Aires Herald* Andrew Graham-Yooll, *A state of fear*, Londres, Eland, 2009. Hay traducción española.

Pero los rebeldes argentinos se consideraron rebeldes de la América Latina, y se inspiraron naturalmente en el argentino Guevara, pero también en el colombiano Camilo Torres. Un resultado, apoyado por Fidel Castro, fue la guerrilla de Tucumán, una aventura que nunca tuvo la más mínima posibilidad de éxito. Rural, remota y de reducido número en sus filas, fue también el caso de la guerrilla colombiana hasta que, después de empezar a expandirse en los ochenta, se convirtió hasta constituir de manera clara una real amenaza a fines de los años noventa. Al grueso de la población, la urbana, no la molestaba. Vale la pena señalar que el hecho de que su escena de acción estuviera en el campo inhibió su designación como terrorista: el terrorismo por lo general se concibe como un fenómeno urbano.

En este espíritu voy a seguir las sugerencias del texto de Elias, en el orden de su ocurrencia, con referencia a las siete décadas que suceden a la “violencia clásica” colombiana de los años cuarenta y cincuenta.¹⁶

Elias señala en Alemania “una problemática generacional de grupos de clase media”. En Colombia eso importaba muy poco o nada a los campesinos de Marquetalia, pero sí tuvo que ver con el liderazgo joven y urbano que optó por la guerrilla.

Mis recuerdos de los años sesenta son de la apertura de una brecha generacional muy marcada en la clase acomodada, entre los jóvenes universitarios y sus parientes. No es un tema tan fácil de historiar, pero no tengo la menor duda de que así fue. Como en la Alemania del texto de Elias, la brecha en muchos casos incluyó “un distanciamiento decisivo de la política de sus padres, una limpieza de la pesada maldición del pasado nacional”. Más pronunciado sin duda en Alemania, pero presente en la Colombia que estaba saliendo de la “violencia clásica”, la sectaria de los años cuarenta y cincuenta.

Aquel pasado no tuvo nada que ofrecer a las nuevas generaciones, y su solución —el Frente Nacional—, aunque sensata y lúcida dentro de sus limitaciones, tampoco llenó de sentido la vida política del país. Y en ese ambiente *irrumpió* —palabra favorita del comentario político colombiano— la Revolución cubana. Es difícil exagerar su influencia, directa e indirecta, en los primeros años de la guerrilla colombiana.

Como ya hemos observado, el Frente Nacional, contemporáneo en su fundación con el triunfo de Castro, vació de sentido la vida política del país en un aspecto básico. En aras

¹⁶ Un resumen muy útil del pensamiento guerrillero y filo-guerrillero está en Jorge Giraldo Ramírez, *Las ideas en la guerra. Justificación y crítica en la Colombia contemporánea*, Bogotá, Debate, 2015, con prólogo de Daniel Pécaut. Llama la atención la relativa escasez de trabajos sobre el tema del pensamiento guerrillero, particularmente sobre sus programas, aparte de la declaración de tomar el poder. Están casi ausentes los programas en la obra de 828 páginas de Darío Villamizar, *Las guerrillas en Colombia*, Bogotá, Debate, 2017. No solo son escasos, sino que no cambian, no hay intentos de ajustarlos frente a los cambios en el país. Para Villamizar, la justificación de las guerrillas es esencialmente su propia historia, no más. Además, los programas no convienen a una guerrilla: suscitan debate, y debate significa división; los programas son para después de la toma del poder.

Los programas no están totalmente ausentes en los documentos de las FARC, salen después de sus conferencias, y es común su relativa falta de prominencia en los movimientos subversivos, que aspiran primero a tomar el poder o a un “cambio total del sistema”. (Para ser justo, no son tan comunes en la política colombiana convencional.) Pero en el caso de las FARC, la parte agraria me parece ritual y no se tradujo en ninguna práctica ni prédica. El apoyo al grupo en el campo no dependía de su supuesto agrarismo, y últimamente su reducto rural estuvo en el colono cocalero, no en un campesinado que busca una reforma agraria. Otros puntos de su programa, como un congreso unicameral y la elección popular del procurador, son poco convincentes como justificación de una lucha armada.

Eduardo Posada Carbo, en su libro *La nación soñada: violencia, liberalismo y democracia en Colombia*, Bogotá, Norma, 2007, citado por Giraldo, señala la “Carta de los intelectuales” de 1992 como un hito en el rechazo por parte de ellos de la lucha armada, un hito tardío.

de acabar con la lucha sectaria puso fin temporal a la competencia entre los partidos dominantes, liberal y conservador. Una limitación a la democracia, como es el caso de todos los esquemas de “poder compartido”.¹⁷

El impacto de la Revolución cubana fue inmenso. Puso la guerrilla de moda. En Colombia, bajo Alberto Lleras Camargo, un fiel aliado del gobierno de Estados Unidos y del presidente Kennedy, la línea del gobierno pronto resultó anticastrista, rompió relaciones diplomáticas y, como confesó Castro, más tarde él respondió ayudando a los enemigos del gobierno colombiano, con su apoyo a la naciente guerrilla del ELN.

Siendo esencial para un partido de vanguardia tener su guerrilla, el Partido Comunista Colombiano (PCC), línea Moscú, creó sus “autodefensas campesinas” tolimenses, y así nacieron las FARC. Todo esto es bien sabido.¹⁸ Bien sabido, pero tal vez falta un análisis estilo Elias de ciertos aspectos de esa coyuntura y de cómo los colombianos la miraban y la miran actualmente.

En el caso colombiano, el ejemplo cubano llegó a un país con una reciente experiencia guerrillera, y a muchos les pareció apenas natural que esa tradición continuara. Una justificación implícita de “la combinación de todas las formas de lucha” por parte del PCC puede haber sido que esa fue una práctica común y persistente de los partidos tradicionales. El ELN escogió su primera zona de operaciones precisamente por la anterior actuación allá de la guerrilla liberal.

A nadie le sorprendió mucho esta continuidad, aunque se puede argumentar que quitó a la teoría del “foco” la fuerza que en otras partes, según las ideas de Debray y Guevara, daban la sorpresa y la novedad.¹⁹ El ruido de este “motor

chiquito” era bien familiar y en Colombia poco sorprendió. Pero en esta reflexión inspirada en Elias quiero evitar en lo posible los temas trajinados.

Me llama la atención la resistencia de la historiografía colombiana a ponderar la influencia cubana. Varias veces me he preguntado si Colombia habría tenido una persistente lucha guerrillera desde los años sesenta sin el ejemplo cubano.²⁰ Mi propia opinión es que sin Cuba las secuelas armadas de la “violencia clásica” habrían desaparecido a mediados de la década del sesenta con la muerte de los últimos bandoleros: Chispas, Desquite, Sangrenegra, Efraín González.

Sin Cuba, habría sido imposible tildar a los reductos de autodefensa campesina de “repúblicas independientes” comunistas; y, sin eso, no se habría llevado a cabo la operación Marquetalia, la exagerada reacción del gobierno y el mito fundacional de las FARC. Y, como ya he hecho constar, no habría surgido el ELN, de clara inspiración cubana.²¹

¿Qué significa la resistencia de muchos intelectuales colombianos no solo a reconocer esto, sino a ponderarlo? Significa insistir en la naturaleza esencialmente colombiana del conflicto armado, ligado a una inclinación al argumento de sus “causas objetivas”. Admitir su significado sería admitir que la opción de la lucha armada no se justificaba en las condiciones del país. A mí no me pareció, a mediados de los sesenta, que la guerrilla tuviera buenas perspectivas de victoria en Colombia, ni en ninguna parte de la región.²² El rechazo al argumento de la gran importancia del ejemplo cubano fue ayudado por la apariencia, la imagen, del Frente Nacional, fácil de pintar como un arreglo represivo de los mismos oligarcas responsables de la repudiable historia de sectarismo letal de los años anteriores.

Otro aspecto de la coyuntura: las universidades colombianas a principios de los años sesenta eran muy débiles en ciencias sociales y en la historia profesional hasta un grado difícil de imaginar para las siguientes generaciones: una sociología apenas naciente, una ciencia política en embrión, media docena de historiadores con calificación académica —casi todos trabajando sobre la colonia— e incluso muy pocos economistas.

Entre los recuerdos de mi primera estadía en Colombia están unas reuniones, allá en los albores de la ciencia

17 Sobre el necesario abandono temporal de la plena lucha entre los partidos tradicionales, y el hecho que eso no implicaba el abandono de otros elementos de la democracia, véase el ensayo de Vicente Laverde Aponte *La alternación*, Bogotá, Antares, 1959. Otro caso del “power-sharing” que limita la democracia plena y sencilla, quitando el gobierno de la mayoría, es el sistema actual de Irlanda del Norte. Me parece que los colombianos combinaron una gran tolerancia hacia la oposición armada, hasta que llegó en los años ochenta a ser una amenaza real, con un temor y un rechazo frente a la oposición política, como en el planteamiento del sistema gobierno-oposición del presidente Virgilio Barco: en parte por el recuerdo de sus anteriores resultados de violencia sectaria. Otra muestra de este rechazo fue el dicho “O todos en la cama o todos en el suelo”. Y recordamos la definición de Elias de “uno de los criterios centrales del ‘proceso civilizatorio’: el grado y la profundidad de la identificación mutua de la gente, y en consecuencia la profundidad y extensión de su capacidad de sentir empatía con otras personas en sus relaciones con ellos”.

18 Para el ELN, el texto esencial sobre sus orígenes es Jaime Arenas, *La guerrilla por dentro*, Bogotá, Tercer Mundo, 1971. Sobre los orígenes de las FARC, las obras de Medófilo Medina “La resistencia campesina en el sur del Tolima”, en G. Sánchez y R. Peñaranda (eds.), *Pasado y presente de la violencia en Colombia*, Bogotá, Cerec, 1991, y Eduardo Pizarro, *Las FARC: de la autodefensa a la combinación de todas las formas de lucha*, Bogotá, Tercer Mundo, 1991.

19 Véase el muy difundido manual de Régis Debray, *¿Revolución en la revolución?*, La Habana, Casa de las Américas, 1967, para “el motor chiquito” del foco; de Ernesto Che Guevara hay centenares de ediciones de sus obras; sobre temas militares, desde 1963 en adelante.

20 Por ejemplo, en mi ensayo sobre el trasfondo histórico del conflicto de las últimas décadas en *Intercambios violentos*.

21 Otras inspiraciones posteriores fueron los Tupamaros, y las guerrillas de América Central, particularmente los victoriosos sandinistas, pero su impacto en Colombia fue mucho menor.

22 Así fue mi propia conclusión después de mi primera experiencia del país, 1963-65. Discrepando de muchos en la izquierda europea —yo no pretendía ser de izquierda—, no veía una “situación pre-revolucionaria”. Véanse mis dos primeros escritos, “Política y violencia”, en *Encounter*, núm. xxv, 3 de enero de 1965, y “Guerrillas in Latin America: A perspective”, en *The World Today* (London: RIIA), vol. 24, núm. 2, 1968. Elias tiene una observación similar sobre la completa desigualdad de las fuerzas opuestas en Alemania.

política. Éramos inocentes, confusos, despistados. ¿Qué era exactamente un “cambio de estructuras”, frase de moda de ese entonces? ¿Colombia era una oligarquía? Si era así, ¿quiénes eran los oligarcas y cómo mandaban? ¿Dominaban todo los siniestros “grupos de presión”?

Nos faltaba no solo sofisticación, sino también material de estudio. Todavía no había publicado su excelente obra *Elecciones y partidos políticos en Colombia* Mario Latorre, en esa fecha tal vez el único colombiano con un doctorado parisiense en ciencias políticas.²³

¿Qué importancia tuvo esta debilidad de la academia? Otra vez, de ninguna manera quiero cuestionar los méritos de algunos pioneros.²⁴ No obstante, la cosecha era escasa. Y vino otra irrupción: llegó el marxismo.

Elias sobre el caso alemán: “Siendo Marx casi el único científico social que ha dejado un edificio de ideas cuya nuez es una teoría de la desigualdad social y de la opresión junto con una promesa de solucionar esos problemas, su obra llegó a ser el medio central de orientación para los grupos de una generación de jóvenes de clase media en ascenso preocupados por la situación social y su posición dentro de ella.”²⁵ Observación tal vez banal, pero uno de los méritos de Elias es no evadir las verdades banales.

El marxismo no era en Colombia del todo nuevo: se pueden encontrar referencias a Marx en escritores nacionales aun antes de la Revolución rusa, pero por largo tiempo sus teorías fueron miradas como exóticas. Recuerdo un liberal de los años veinte que sostuvo que buscar el proletariado con conciencia de clase en Colombia era como pescar ballenas en el lago de Tota.

Sin embargo, es fácil entender su popularidad entre muchos intelectuales colombianos de los años sesenta, como Elias en su estilo ponderado señala mientras comenta el caso

de la Alemania Federal: “el marxismo se ha empleado para orientación intelectual y como una arma ideológica a disposición de grupos excluidos, los cuales, en relación con grupos establecidos específicos, son más débiles y ven obstaculizada la satisfacción de sus deseos. Como consecuencia, [el marxismo] ha sido el recurso de grupos excluidos de la más diversa índole”.

“Sin embargo, su patrón de explicaciones no es congruente con la realidad sino en grado limitado. Cuando el modelo específico obrero-empresario y la promesa de salvación que significa la transcendencia de esa contradicción son adoptados como modelo universal para cualquier relación establecido-excluido, el modelo adquiere un carácter ideológico que lo hace útil como arma, pero a la vez altamente ilusorio como instrumento de orientación.”²⁶

En ambos casos, el alemán y el colombiano, el marxismo satisfizo lo que Elias llama “el hambre de significado”. En el caso colombiano, debido a la debilidad académica, la influencia de otros enfoques fue mucho menor.

Otro elemento de la coyuntura fue la inmensa lejanía del país de ese entonces de cualquier ejemplo del “socialismo real”, con el resultado no solo de producir un marxismo naíf, sino también un antimarxismo anticuado, dogmático, macartista, e igualmente lejano de cualquier realidad existente.²⁷

Para concluir esta breve lectura de *Los alemanes*, buscando su relevancia para Colombia, esta tal vez reside principalmente en sus observaciones sobre *la lentitud*, en todas partes, de la adquisición del grado de tolerancia y autocontrol que exige un régimen parlamentario multipartidista: “tres, cuatro y aun cinco generaciones”. ¿Han pasado suficientes generaciones en su vida política? ¿Ya en Colombia, o en otras partes de la América Latina?

¿Qué más habría llamado la atención de Elias si hubiera dirigido su mirada a Colombia y a los colombianos? ¿Su leguleyismo empedernido? ¿Su caparazón de indiferencia frente a la violencia, especialmente la violencia lejana? ¿Su resignación, aun su aprovechamiento, de la débil capacidad del Estado?

Sin duda, su paciente curiosidad, su coraje de plantear con claridad preguntas que luego nos parecen obvias, a veces banales, pero que por inhibición otros han evitado, habría iluminado o hecho pensar a muchos. —

MALCOLM DEAS (Charminster, Reino Unido, 1941) es fundador del St Antony's College de la Universidad de Oxford y una de las figuras más sobresalientes de la historiografía colombiana. Su libro más reciente es *Barco. Vida y sucesos de un presidente crucial, y del violento mundo que enfrentó* (Taurus, 2019).

26 *Ibid.*, p. 236.

27 Muy pocos colombianos viajaban, y aún menos a la Unión Soviética o a los países del bloque soviético. Siempre la inmigración a Colombia ha sido escasa. La más grande en su historia ha sido la reciente de refugiados de Venezuela. En 1960 mereció la definición de Alfonso López Michelsen, “el Tíbet de la América Latina”.

23 1ª ed., Bogotá, Universidad de los Andes, 1970. Mario Latorre fue un maestro de la observación: como Charles Darwin, reconoció que, antes de teorizar, es necesario describir con toda la minuciosidad posible.

24 Para mí, los sobresalientes profesionales de principios de los años sesenta que recuerdo fueron, en historia, la obra de Jaime Jaramillo Uribe; Luis Ospina Vásquez, *Industria y protección en Colombia, 1810-1930*, Medellín, 1955; Juan Friede, *El indio en lucha por la tierra*, Bogotá, Instituto Indigenista de Colombia, 1944; en monografías sociológicas, de Orlando Fals Borda, los primeros dos estudios rurales, *El hombre y la tierra en Boyacá*, Bogotá, Antares, 1957, y *Peasant society in the Colombian Andes. A sociological study of the Saucio*, Westport, Conn., Greenwood Press, 1955, no tanto su obra subsiguiente; James Parsons, *Antioqueño colonization in Western Colombia*, Berkeley, University of California Press, 1949; Virginia Pineda, *La familia en Colombia*, Bogotá, Universidad Nacional, 1963; Gerardo y Alicia Reichel-Dolmatoff, *The people of Aritama*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1961; sobre la violencia, la contribución del padre Germán Guzmán Campos a la famosa compilación *La violencia en Colombia* de él, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna, 2 vols., Bogotá, Tercer Mundo, 1962 y 1964; Antonio García, *Gaitán y el problema de la revolución colombiana*, Bogotá, Artes Gráficas, 1955; entre los anteriores *amateurs*, los ensayos de Luis Eduardo Nieto Arteta, y la nada despreciable producción de la Academia Colombiana de Historia, aunque poco de eso trataba de historia teórica.

25 *The Germans*, p. 231.